

Introducción

Esta es una obra de ficción. Es la historia de un hombre llamado Jack Valentine, cuyo sendero en la vida ha sido en muchos sentidos muy parecido al mío. Se sentía muy incompleto como ser humano y decidió partir en busca de sabiduría para vivir una vida más feliz, más saludable y más bella. Gracias a una serie de encuentros con tres admirables maestros, Jack descubrió una poderosa filosofía para rehacer su realidad y acceder a su destino. Las lecciones que Jack aprendió en su extraordinaria aventura le llevarán a usted a crear maravillosos cambios en su propia vida. ¿Por qué lo sé? Porque son las lecciones que transformaron *mi* vida.

He experimentado muchos retrocesos en el curso de mi viaje por la vida. Y sin embargo cada tropiezo se ha convertido en un trampolín para tomar impulso y me ha acercado a la verdad de mi corazón y a mi vida mejor.

Hace algunos años era abogado y luchaba por el éxito y todas las trampas que conlleva; creía que ése era el modo de conseguir una plenitud duradera. Pero cuanto más duro trabajaba y más obtenía, caí en la cuenta de que verdaderamente nada había cambiado. No importaba cuántas posesiones materiales reuniera. El hombre que veía cada mañana en el espejo del baño era el mismo. No era ni más feliz ni me sentía mejor. Mientras más reflexionaba sobre mi vida, empecé a advertir un

vacío en mi corazón. Empecé a prestar atención a los susurros silenciosos de mi corazón: me indicaban que debía dejar mi profesión y empezar una seria indagación de mí mismo. Empecé a pensar por qué estaba aquí, en el planeta y cuál sería mi verdadera misión. Me preguntaba por qué no estaba funcionando mi vida y qué cambios profundos necesitaba para ponerme de verdad en marcha. Observé las creencias más arraigadas, los supuestos y filtros a través de los cuales veía el mundo y decidí eliminar los que me parecían menos saludables.

En esa época de intensa transformación, leí libros de autoayuda, sobre liderazgo personal, de filosofía y espiritualidad. Seguí diversos cursos de desarrollo personal. Cambié de dieta, de modo de pensar y de conducta. Finalmente mi evolución personal me convirtió en una persona más auténtica, armoniosa y sabia que la que era.

Soy el primero en confesar que en muchos sentidos todavía soy un principiante en esta jornada de descubrimiento personal. La cima de una montaña es la base de otra y mi exploración humana es un proceso interminable. Incluso ahora, mientras escribo estas palabras, estoy atravesando un período de gran transformación personal y reconsiderando mis valores más fundamentales y la manera como veo el mundo. Pero intento ser amable conmigo mismo. Recuerdo que debo ser paciente y no «empujar el río». Cada día trae mayor claridad, más certidumbre y nuevas bendiciones. Y de esto se trata, para mí, todo este hermoso despliegue de la vida.

Espero que *El santo, el surfista y el ejecutivo* le conmueva profundamente. Si de verdad quiere «apropiarse» de este material, es muy importante que lo enseñe. Le sugiero que 24 horas después de terminar la lectura de este libro se siente con alguien que estima y comparta con esa persona la filosofía que ha

aprendido. Esto le aclarará la comprensión y le ayudará a integrar estas lecciones en su vida.

También espero que se divierta al vivir el conocimiento de este libro. Aportar la sensación de maravilla y pasión de un niño a lo que descubra en las páginas que siguen es una de las mejores maneras de crecer hasta llegar a ser la persona que usted está destinada a ser. Gracias por concederme el privilegio de compartir esta obra con usted. Le deseo una vida rica de posibilidades, alegría y paz. Y abrigo la esperanza de que colaborará en la construcción de un mundo nuevo.

Robin Sharma

1

Un nuevo comienzo

«A todos nosotros, seamos o no guerreros, se nos presenta un centímetro cúbico de suerte ante los ojos de vez en cuando. La diferencia entre una persona corriente y un guerrero es que el guerrero advierte esto y se mantiene alerta, deliberadamente a la espera, de forma que aprovecha ese centímetro cúbico en cuanto se presenta.»

Carlos Castañeda

Nunca había sufrido tanto dolor en la vida. Me temblaba la mano derecha de manera incontrolable y la sangre me manchaba la camisa blanca. Era lunes por la mañana y no podía dejar de pensar que no era un buen día para morir.

Inmóvil en el interior de mi automóvil me impresionaba el silencio a mi alrededor. Nadie se movía en el camión que se acababa de estrellar contra mi coche. Los mirones que habían acudido a la escena del accidente parecían horrorizados. El tránsito se había detenido completamente. Sólo escuchaba el roce de las hojas de los árboles junto a la carretera.

Dos personas se acercaron y me dijeron que una ambulancia venía de camino y que no me moviera. Una me cogió la mano y empezó a rezar: «Dios, ayuda a este hombre. Por favor,

protégelo». Al cabo de pocos minutos, una cabalgata de ambulancias, coches de bomberos y de la policía estaban en la escena del accidente; las sirenas ululaban. Todo parecía marchar a un ritmo más lento y me embargó una extraña sensación de paz mientras el equipo de rescate hacía su trabajo metódicamente, ejemplo brillante de eficacia en circunstancias de vida o muerte. Me sentía como un testigo, casi como si estuviera contemplando desplegarse la escena desde una posición ventajosa en un sitio en alto.

Lo siguiente que puedo recordar es despertar en un cuarto de hospital que olía a limones frescos y a lejía. Nunca olvidaré ese olor. Tenía el cuerpo envuelto en vendajes y enyesadas las dos piernas. Y ambos brazos magullados.

Una enfermera, joven y guapa, me saludó.

—¡Señor Valentine! ¡No puedo creer que se haya despertado! Llamaré al doctor —dijo, mientras marcaba rápidamente un número en el interfono que había junto a la cama.

Apenas dejó el interfono balbucí:

—Me puedes llamar Jack.

Intentaba parecer despreocupado en una situación que sabía que era grave.

—¿Dónde estoy?

—Jack, está en el Hospital General de Lakeview. En la unidad de cuidados intensivos. Tuvo un tremendo accidente la semana pasada. Honestamente, tiene mucha suerte de seguir con vida.

—¿De veras? —pregunté, con timidez.

—Sí —respondió la enfermera, esforzándose por sonreír, mientras miraba los cuadros del historial clínico fijados al pie de la cama—. Estuvo en coma después de que un camión se estrellara contra su coche. Los paramédicos que le trajeron no podían creer que hubiera sobrevivido. En todo caso, ahora sólo

falta que se le curen esas feas heridas que tiene y las dos piernas rotas. Va a quedar muy bien. Tiene una suerte increíble.

Suerte no es una palabra que habría relacionado nunca conmigo, pero, en esas circunstancias, estaba de acuerdo con ella. Seguir vivo *era* una bendición.

—¿Por qué estoy solo en esta habitación? —pregunté en voz alta, mirando a mi alrededor—. No me molestaría que alguien me acompañara.

—Hace sólo unos minutos que está despierto, Jack. Relájese. Quédese quieto. El doctor llegará pronto. Estaba sumamente preocupado.

Conforme pasaban las horas y una batería de médicos y enfermeras me examinaban y me alentaban, empecé a comprender la seriedad de mi accidente. El conductor del camión había muerto instantáneamente y mi médico me dijo que llegó a creer que yo nunca recuperaría la conciencia.

—Nunca había visto un caso como éste —afirmó, como si tal cosa.

Pero en mi fuero interno sabía que lo que me había ocurrido había sido por alguna razón. *Todo* sucede por alguna razón y no hay accidentes en la vida. Sé que han escuchado decir eso. Pero he descubierto que este impresionante universo nuestro no sólo opera de una manera asombrosamente inteligente; también es un lugar muy amistoso. Este mundo desea que vivamos de forma estupenda. Quiere que seamos felices. Y quiere que triunfemos.

Una silenciosa voz interior (que surgió por primera vez en la habitación del hospital, pero que continuaría apoyándome en los tiempos más difíciles y vulnerables) me informó que algo grande estaba a punto de suceder y que lo que iba a experimen-

tar en los próximos días y semanas no sólo me revolucionaría la vida sino que afectaría la de muchas otras personas. Me dijo que aún estaban por llegar mis mejores días.

Tengo la impresión de que muchos de nosotros no prestamos atención a esta voz interior silenciosa pero sabia. En el fondo de cada corazón hay un lugar que conoce todas las respuestas a nuestras mayores preguntas. Cada uno conoce su verdad y lo que necesita hacer para crearse una vida extraordinaria. La mayoría de personas sencillamente ha perdido la conexión con esta fuente natural de pura sabiduría, porque demasiado estrépito y ruido domina nuestros días. Pero he descubierto que si uno reserva tiempo para el silencio, la tranquilidad y la soledad, empieza a hablar la voz de la verdad. Y cuanto más he confiado en su consejo, más se ha enriquecido mi vida.

Eran cerca de las nueve y media de la noche cuando un enfermero abrió la puerta y entró en la habitación con un paciente en una camilla. Agradecí la compañía y enseguida alcé la cabeza para alcanzar a ver a mi nuevo compañero. Era un hombre mayor, de unos setenta y cinco años. Tenía el pelo canoso, abundante, y peinado con elegancia hacia atrás; en el rostro tenía manchas marrones, producto quizá de muchos años de exposición al sol. Por su aspecto frágil y por la forma labiosa como respiraba, deduje que estaba gravemente enfermo. También advertí que sufría. Mantenía los ojos cerrados y gemía suavemente mientras el enfermero lo colocaba en su nueva cama.

Al cabo de unos diez minutos, el recién llegado abrió lentamente los ojos. Me sobrecogió. Sus ojos eran de un azul deslumbrante y mostraban una claridad y brillo que me hicieron estremecer. De inmediato sentí que ese hombre poseía una profunda sabiduría, escasa en este mundo de arreglos rápidos y vidas aceleradas. Sentí que estaba en presencia de un maestro.

—Buenas noches —susurró suavemente, con voz mesurada—, parece que estaremos aquí un tiempo.

—Sí, y no es el mejor lugar para pasar la noche de un viernes, ¿no cree? —contesté, sonriendo cálidamente—. Me llamo Jack —dije y alcé la mano a modo de saludo—, Jack Valentine. Hace una semana tuve un accidente de coche, bastante serio, y el veredicto ha sido que estaré en esta cama durante un tiempo. Me he sentido muy solo, así que me alegra conocerle señor.

—Encantado de conocerte, Jack. Soy Cal. Durante los últimos siete meses he estado en este hospital en diferentes pabellones. Me han examinado, tratado y medicado más de lo que nunca podía imaginar. Creo que tal como van las cosas ya no voy a salir de aquí —dijo en voz baja, con los ojos clavados en el techo; hizo una pausa—. Ingresé con un dolor de estómago que creía provocado por algo que había comido. Seis días después me daban quimioterapia.

—¿Cáncer? —pregunté, con el mayor tacto que me fue posible.

—Sí, y cuando los médicos me lo detectaron ya se me había extendido por todo el cuerpo. Lo tengo en los pulmones, en el intestino y ahora me está llegando a la cabeza —me dijo y se pasó una mano temblorosa por la melena—. En cualquier caso —continuó, en tono reflexivo—, he vivido una vida bella en relación con la mayoría de la gente. Crecí en la pobreza, me crió solamente mi madre. Y qué mujer más noble era.

—Igual que la mía —le interrumpí.

—Pienso en mi madre todos los días —dijo Cal—. Era sensible, alegre y fuerte como acero recién forjado. Creía en mí como ninguna otra persona que haya conocido después y me alentó a ponerme grandes metas y a tener grandes sueños. Me amaba de manera verdaderamente incondicional, y ése es el único amor verdadero, Jack. Me hace recordar algo que escribió

Víctor Hugo: «La felicidad suprema de la vida es la convicción de que somos amados». Y te puedo asegurar que de verdad me sentí amado por esa mujer extraordinaria. ¿Verdad que puedo compartir contigo esta historia?

—Por supuesto —contesté—. En realidad me interesa mucho.

—Bien. Bueno, mi infancia fue sencilla pero divertida. Pasaba los veranos bañándome desnudo en el remanso de un río y los inviernos ante una chimenea escuchando cuentos y leyendo libros extraordinarios. Mi madre me enseñó a amar los libros.

—Yo también amo los libros —dije—. En realidad, no me gustaba mucho la escuela, pero apreciaba mis libros.

—A mí también me pasó algo parecido. Como observó con sabiduría el gran pensador Judah ibn-Tibbon: «Haz de tus libros tus compañeros. Deja que tus estanterías sean tus campos de juegos y tus jardines».

—Hermosas palabras, Cal.

—La escuela me aburría —continuó—, pero los libros me proporcionaban un gran estímulo. Nunca olvidaré que mi madre me dijo que una idea que leyera en un libro tenía el potencial para cambiarme la vida. En realidad, decía, no sabemos qué libro contiene esa idea que nos conducirá a despertar... Mi deber, me decía con evidente amor, era continuar buscando ese libro, y una vez que lo encontrara debía tener el valor personal de actuar según esa idea para que los resultados llegaran a mi vida. Y Jack, como también te gusta leer, voy a compartir contigo otra cita breve acerca del poder de la lectura.

—Por supuesto.

—«Comprar más libros de los que podemos leer es ni más ni menos que el alma en busca del infinito, y esta pasión es lo único que nos coloca por encima de las bestias.» Es de A. Ed-

ward Norton, tuve que aprenderla en la escuela —precisó Cal mientras se acomodaba en la cama.

—Cuando tenía edad para ello, ingresé a una escuela militar para continuar mi educación. Mamá no quería que me marchara, pero obtuve una beca y verdaderamente era la única manera de salir de la pobreza en que me había criado. Después fui a la universidad y allí, durante mi primer día en el campus, me enamoré de una chica deliciosa de dieciocho años, rubia y de piel marfileña. La conocí en clase de historia y fue un amor a primera vista. Sabía que íbamos a estar juntos para siempre. Dios mío, amaba a Grace, era tan inocente y amable. No podía imaginar una persona más espléndida para mi viaje por la vida.

—Mi madre también se llamaba Grace —observé.

—Un bello nombre, ¿verdad, Jack?

—Sí, así es.

—Me casé con Grace y tuvimos un hijo, un niño. Quería tanto a ese niño. Fue un tiempo muy especial para nosotros. Nos divertíamos, nos amábamos, nos reíamos, la vida nos había colmado de felicidad. En esa época también quise probar fortuna en los negocios y adquirí un aserradero que abastecía a diversas grandes empresas. Era un tiempo de prosperidad económica y nos ayudó el crecimiento del sector de la construcción. Al cabo de unos años había ganado dinero a espuertas, millones de dólares, y la vida que llevábamos Grace, yo y el niño era como sacada de un cuento. Pura fantasía, debería agregar —dijo Cal, moviendo la cabeza como si no pudiera creerlo.

»Pero conforme ganaba más dinero, más tiempo dedicaba al trabajo. Descuidé la familia. Se ha dicho que en el curso de la vida tenemos que hacer malabarismos con diferentes bolas. Algunas, como la que representa la carrera, están hechas de caucho. Si las dejamos caer pueden rebotar. Pero otras son de vi-

drio y de ese material es la de la familia. Si dejas caer esa bola, no rebota. Se hace añicos. Esa fue mi equivocación. El dinero me complicó las cosas y me indujo a seguir el camino equivocado. Perdí de vista mis valores más profundos y mis verdaderas prioridades. Me distancié de la familia. La persona más rica del mundo, descubrí, no es la que tiene más sino la que necesita menos. Me costó mucho tiempo aprender esta lección. Y, muchacho, pagué un alto precio por ello.

Escuchaba atentamente, atraído por la historia de este hombre que estaba compartiendo conmigo las experiencias de su vida. También había crecido sin padre, así que me fascinaba escuchar la opinión de Cal acerca de la importancia de una fuerte vida familiar. Anhelaba una relación con el padre que verdaderamente nunca conocí y siempre he sentido que una gran parte de mi vida me faltaba. También sentía alguna tristeza, porque, si bien aún era muy joven, no había conocido una mujer con la cual sintiera que podía compartir la vida y fundar una familia. Era un anhelo que no había sentido hasta entonces.

—Para seguir con la historia —continuó Cal, entusiasmado—, tiempos difíciles se cernieron sobre el sector maderero y perdí hasta el último centavo de mi fortuna. No estoy diciendo que perdí *algo* del dinero y *algo* de mis pertenencias, Jack. Estoy diciendo que lo perdimos todo en unas semanas. Grace se lo tomó muy mal y se quejaba continuamente de nuestras dificultades. Pero éramos personas fuertes, e hicimos lo posible por salir del agujero.

»El negocio disminuyó considerablemente, y Grace y yo adoptamos un estilo de vida mucho más sencillo. Fue también una época de gran reflexión interior para ambos. El fracaso suele provocar eso en la gente. Nos despierta a lo que verdaderamente somos y a lo que realmente deseamos, nos sacude y nos

aparta de toda complacencia. Y aunque no estábamos satisfechos desde el punto de vista económico y nuestra relación aún enfrentaba desafíos, crecí enormemente como ser humano. De hecho, el dolor de ese período me puso en un camino de descubrimiento de mí mismo y de crecimiento personal, un camino que todavía recorro todos los días. Me cambió la vida por completo.

—¿Y qué sucedió después, Cal? —le pregunté con genuino interés, sin preocuparme porque fuera tarde y ya habían apagado las luces del hospital.

—Me hice filósofo —contestó en el acto.

—¿Filósofo? ¿Y tu empresa? ¿Y Grace y tu hijo?

—La filosofía significa «amor a la sabiduría». Te estoy diciendo Jack, que llegué a amar la sabiduría tanto como amo la vida. He pasado días enteros pensando en el significado de la vida y meditando sobre sus grandes temas. Empezaron a parecerme triviales las cosas en que me concentraba antes. Es triste, pero Grace y yo empezamos a distanciarnos y finalmente nos separamos. Hay quienes creen que las relaciones nos llegan como encargos. Algunas duran semanas, algunas toda la vida, pero todas nos enseñan grandes lecciones destinadas a impulsar nuestro crecimiento como personas. Todo lo que sé es que aprendí mucho del tiempo que pasamos juntos. Desgraciadamente, se llevó al niño consigo y jamás les he vuelto a ver. Esto me aplastó —dijo Cal con voz temblorosa—. Una parte de mí mismo murió cuando sucedió esto. Todavía me cuesta perdonarme por lo que hice para destruir mi vida familiar. Y, Dios mío, cómo echo de menos a mi hijo.

»Lo último que supe fue que Grace iba de un sitio a otro y trataba de criar a nuestro hijo con los limitados recursos que tenía. Intenté mantenerme en contacto con ella y ayudarla, pero sabía que le había roto el corazón y como era orgullosa no que-

ría saber nada de mí. Verdaderamente ha sido el peor error de mi vida, haber perdido a mi familia. Mi mujer y mi hijo me aportaron momentos de tan extraordinaria felicidad, que no supe apreciar hasta que era demasiado tarde. Pero nuestros grandes errores también conllevan las mayores lecciones. Hoy soy más sabio. Me parece que, en la vida, el gran secreto es transformar la retrospectiva en previsión que revele un conocimiento.

—Una hermosa manera de decirlo, Cal. Pero lo que verdaderamente estás diciendo es que lo importante en la vida es poner el pasado a nuestro servicio, ¿verdad?

—Muy bien dicho. Eso es, exactamente. Nada hay de malo en cometer un error, es así como crecen los seres humanos. Estamos diseñados para cometer errores, porque los errores conllevan crecimiento. Sólo que no deberíamos repetir el mismo error. Hay que convertir una herida en sabiduría o, como tú dices, que tu pasado te sirva.

»En todo caso, después que Grace se marchó con nuestro hijo, me encerré aún más en mí mismo, me aparté por entero del mundo durante años y me entregué profundamente a un examen de mí mismo y a un escrutinio interior. Mi pasión era mi búsqueda de quién era como ser humano y por qué mi vida se había desarrollado así. Vivía interiormente en un mundo donde la mayoría de personas vive fuera. Le salía al paso a mis temores en un mundo donde la mayoría huye de ellos. Y fue increíble lo que vi en lo más profundo de mí mismo.

—¿Puedes compartir lo que viste dentro de ti mismo? —pregunté ansiosamente, pendiente de cada palabra de Cal.

—Dejaré que lo averigües por ti mismo, hijo mío —contestó, ahondando aún más mi sensación de curiosidad—. Sabes, cada uno tiene que hacer su propio trabajo interior. Es nuestra mayor responsabilidad. Examinarte y conseguir cono-

cer tu verdadero tú, tu verdadero ti mismo, y qué eres como ser humano, es la principal finalidad de la vida. El viaje decisivo es saber más de ti mismo para que puedas *ser* más para el mundo. El éxito genuino en la vida es una tarea interior.

—Lo entiendo muy bien.

He descubierto que los mejores tesoros que una persona podrá descubrir son los que tiene ocultos en el corazón. Los mayores dones de la vida son los dones interiores que sólo se revelan a quienes tienen el valor de mirar más allá de la superficie de su vida.

Pensé un momento en lo que me había dicho.

—Desgraciadamente, Cal, nunca me ha interesado el desarrollo personal. Trabajo para una agencia de publicidad y paso mis días en el mundo empresarial, donde sólo se trata de ganar dinero y tener buen aspecto. No me enorgullezco de la manera como funciona mi mundo, pero he aprendido a jugar el juego. Y lo hago bastante bien. Soy propietario de un coche de lujo, o por lo menos lo era. Tengo un apartamento elegante y buenos amigos. Pero no me siento feliz al terminar el día. Algo me falta. De verdad comprendo lo que me dices sobre que el éxito es una tarea interior. Si me sintiera bien conmigo mismo, sé que me sentiría mucho mejor en la vida. ¿Dónde puedo empezar ese «trabajo interior» que dices?

—Puedes empezarlo asumiendo tu propia mortalidad, Jack. Pensar en la muerte te afirma mucho en la vida.

—¿De veras?

—Seguro. Sólo cuando asumimos profunda y emocionalmente el hecho de que nuestra vida es breve y limitadas nuestras horas puedes vivir plenamente y dedicar cada fragmento de ti mismo a tus instantes de vigilia. Si sólo te quedara un año de vida, apuesto a que vivirías de un modo muy distinto que ahora. Te asegurarías de vivir sin remordimientos, te arriesgarías

a abrir el corazón al amor, y vivirías apasionadamente y concentrado en lo que vale la pena.

—¿Qué quieres decir con eso de «concentrado en lo que vale la pena»? —pregunté.

Cal se incorporó con lentitud y cogió el lápiz que había en la mesa a su lado.

—Vive como este lápiz y tendrás una hermosa vida —me dijo en tono de confianza—. Muchas personas vivimos la vida con la punta roma. Necesitamos sacarle punta a la vida, como este lápiz. Así diseñas y luego construyes una experiencia extraordinaria de vida para ti mismo. Michel de Montaigne lo expresó de la siguiente forma: «La mayor y más gloriosa obra maestra de los seres humanos es vivir a fondo. Todas las otras cosas en el mejor de los casos sólo son disposiciones y apéndices». Verás, Jack, la mayoría vivimos la vida como si dispusiéramos de todo el tiempo del mundo. Nos negamos las pasiones y postergamos los sueños. Pero la vida en realidad es un don muy frágil y hay que vivirla ahora mismo. Nadie sabe con cuántas mañanas cuenta. Por favor, confía en mí en este punto.

—Así lo haré —dije con sinceridad, percibiendo cuán importante era esta lección para mi nuevo amigo.

—Concéntrate en las cosas que verdaderamente importan en la vida. Ahora que soy más viejo y más sabio, he descubierto que las cosas que una vez creí que eran las grandes cosas de la vida en realidad son las pequeñas, y que todas las cosas que creía pequeñas, insignificantes, han resultado ser las grandes, las que verdaderamente importan más.

—¿Y cómo hago para asumir mi propia mortalidad?

—Plantéate las Preguntas Definitivas —fue la clara respuesta.

—¿Las Preguntas Definitivas? Las desconozco, Cal. ¿Dé qué me estás hablando?

Me senté en la cama, impresionado por lo que estaba diciendo ese hombre extraordinario y algo misterioso.

—Cuando yaces en tu lecho de muerte a punto de exhalar el último suspiro sólo tienes presente tres preguntas. Son las que llamo las Preguntas Definitivas de una persona. Y como serán las consideraciones más importantes al final de tu vida, ¿por qué no te armas de valor y las conviertes en tus consideraciones más importantes hoy mismo?

—¿Y cuáles son esas preguntas? —pregunté, a sabiendas de que estaba a punto de escuchar algo que quizá me cambiaría la vida.

—Son sencillas: *¿He vivido sabiamente? ¿He amado bien? ¿He sido de gran utilidad?*

—¿Me las podrías explicar? —pregunté, ansiosamente—. Sé que es tarde, pero esa información puede cambiar todo para mí.

—Jack, aunque necesito dormir un poco, aprecio tu entusiasmo. No me cabe la menor duda de que tú y yo nos hemos encontrado por alguna razón. Así funciona el mundo. Todas las personas que entran en tu vida lo hacen precisamente en el momento en que más necesitas aprender la lección que han venido a enseñarte.

—Lo creo.

—Nuestro mundo es un lugar muy sabio y nuestra vida se desarrolla conforme a una serie de leyes naturales que son brillantes. Los seres humanos creemos que nuestra vida está gobernada por acontecimientos debidos al azar y que la gente que entra y sale de ella sólo lo hace por casualidad. Nada puede estar más lejos de la verdad. No hay caos en nuestro mundo, sólo hay orden. No hay coincidencias, *nunca*. Nuestra vida no está gobernada por buena o mala suerte, sino por un proceso inteligente, diseñado para que evolucionemos hacia lo mejor de nuestro ser.

—¿Cómo lo sabes?

—Sólo lo sé. Y tú también lo sabrás —afirmó Cal, con seguridad.

—Interesante —respondí, sumido en mis pensamientos.

—Naciste para ofrecer tus dones al mundo. Pero las cosas están dispuestas para que antes de que puedas resplandecer como persona —y digo resplandecer de verdad— efectúes ese trabajo interior de que te hablé. Tienes que llegar a conocerte; debes observar las creencias que te limitan y recrearlas. Y debes analizar los falsos supuestos que tienes acerca de lo que puedes ser, tener y hacer como persona y entonces disponerte a corregirlos. Necesitas cobrar conciencia de tus pautas históricas de reacción en los diferentes escenarios de tu vida y recrearlas. Y debes encarar tus temores y superarlos. Entonces puedes abrir el corazón y preocuparte más de la felicidad de otras personas que de la felicidad de ti mismo. Y una vez que lo has hecho, irónicamente, serás feliz.

—Así que todo está dispuesto metódicamente —dije, resumiendo lo que acababa de aprender—. El mundo posee un gran diseño ordenado. ¿Supongo que lo primero que debo hacer es comprender las leyes naturales que lo gobiernan?

—Sí, hijo mío —respondió Cal, complacido por mi apertura a su filosofía de la vida—. Una vez que esas leyes rijan tu vida, tendrás acceso a tu auténtico poder. Te convertirás en una fuerza de la naturaleza y tu vida dejará de ser un lugar de lucha y se convertirá en uno de facilidad y fluidez. Serás todo lo que alguna vez soñaste. Llevarás sin esfuerzo a tu vida todo lo que tu corazón ha deseado. Y tu vida empezará a funcionar casi como si estuviera guiada por magia.

Permanecí absorto por un momento y luego dije:

—Me pregunto por dónde podría empezar exactamente. Confieso que estos son tiempos de genuina lucha para mí. Ya

no sé verdaderamente quién soy y estoy ansioso por mejorar mi vida. Hace poco terminé mi relación con una chica. No soporto mi trabajo. Nunca tengo mucho dinero a fin de mes, aunque mi salario es bueno. Y tengo una especie de dolor profundo, que no me abandona.

—Confía en ese dolor, hijo mío.

—¿Qué? —pregunté, dudando realmente de haberle escuchado bien.

—Confía en ese dolor —repitió Cal—. He aprendido de mis maestros que hallaremos nuestras grandes respuestas sólo cuando nos entregamos a los sentimientos y anhelos que solemos evitar. Nuestros sentimientos nos ofrecen una inmensa sabiduría y llevan en sí el conocimiento de nuestra mente subconsciente. Y el subconsciente es nuestro vínculo con la sabiduría del universo. Nuestro pensamiento consciente es muy limitado, pero nuestro pensamiento subconsciente es infinito.

»Ya sabes que la mayoría de las personas niegan sus sentimientos. La sociedad les ha enseñado a hacerlo. Desde muy jóvenes nos divorciamos de lo que sentimos. Se nos dice que no lloremos, que no riamos muy fuerte y que está mal estar tristes e incluso manifestar cólera. Pero nuestros sentimientos no son ni buenos ni malos, son sencillamente nuestros sentimientos y una parte esencial de la experiencia humana. Si los niegas empiezas a clausurar partes de ti mismo. Sigue haciéndolo y perderás la conexión con quien verdaderamente eres. Empezarás a vivir únicamente con la cabeza y dejarás de sentir.

Cal se interrumpió un momento y me miró a los ojos.

—Estoy dispuesto a apostar, Jack, que te pasas el día entero pensando, pensando y pensando. Tu mente es una máquina que no cesa de hacer ruido y no tienes paz interior. Has dejado de vivir en el presente y de *sentir* lo que significa estar plenamente vivo, estás demasiado ocupado viviendo en el pasado o

en el futuro. ¿Sabías que la mente vive muy poco en el momento presente? Siempre se está preocupando del pasado o pensando en el futuro. Pero eso no es real. Lo único real es el momento que tienes ante ti. No pierdas ese momento, porque allí está tu vida.

—Es tan cierto lo que dices —observé, suspirando profundamente. Las palabras de este hombre reflejaban la verdad que sentía en el cuerpo—. Todo empieza a tener perfecto sentido —continué—. Ojalá más personas escucharan la sabiduría que estás compartiendo conmigo y abrieran los ojos. El mundo sería un lugar mejor.

—Obtendrán esa sabiduría cuando estén listos para obtenerla. Como dice un viejo proverbio: «Cuando los estudiantes están listos, aparece el profesor». No puedes empujar el río, ya lo sabes.

—Me parece que hay demasiado cinismo en el mundo contemporáneo —respondí—. Dejamos de creer en los grandes sueños que tuvimos de niños. No creemos tener el poder para crear la vida que queremos. Verdaderamente no creemos que podamos dejar una huella con las cosas que hacemos.

Cal asintió.

—Y exactamente por eso muchos de nosotros estamos atascados. Tenemos un poder fenomenal en nuestro interior; pero hemos perdido la conexión con él. Parte de la razón es el miedo. Las posibilidades disponibles son en verdad milagrosas. Las maravillas que podemos crear en nuestra vida, si nos alineamos con la fuerza de la naturaleza, son asombrosas, verdaderamente lo son. Pero todo ese potencial conlleva ciertas responsabilidades... y esto nos atemoriza. Así que no creemos en nosotros mismos. Negamos nuestro poder y erigimos barreras que nos impiden alcanzar la vida extraordinaria que nos corresponde.

—Casi como si nos sabotearáramos. Huimos de lo que más deseamos.

—Es exactamente lo que hacemos. Fingimos que no nos importa y actuamos como si no fuéramos especiales. No queremos ver cómo opera verdaderamente el mundo y no confiamos en las leyes naturales que lo gobiernan. Y esas leyes cobran vida en tu existencia sólo cuando inviertes en ellas absolutamente toda la confianza que tienes como ser humano. *No funcionan si no crees que van a funcionar.* Para acceder a una vida mejor, cada uno de nosotros debe efectuar algunos desplazamientos mentales fundamentales. Y quizá más importante: debemos efectuar ciertos desplazamientos fundamentales en el corazón. Y esto empieza por la confianza en las leyes de la naturaleza de que te he estado hablando.

—Así que primero debería *confiar* en que esas leyes funcionan... ¿Y entonces lo harán?

—Correcto. Todo empieza de manera análoga a una chimenea. Primero tienes que poner leña si quieres obtener calor. Si te sientas ante un hogar sin leña no te va a calentar. La mayoría de la gente no confía, no tiene fe en el brillo del universo ni en su papel en él. Por eso no hay magia en su vida. No consiguen comprender cómo funciona el mundo y por lo mismo han dejado de ser líderes.

La observación me desconcertó.

—¿Qué quieres decir?

—El punto de partida de la iluminación, una meta que todas las personas deberían fijarse, es el liderazgo interior, una meta por la cual debe luchar toda persona. El liderazgo es mucho más que algo que los hombres de negocios hacen en su trabajo. El liderazgo consiste en responsabilidad personal, descubrimiento de uno mismo y creación de valor en el mundo por la persona que llegamos a ser. Demasiada gente pasa el tiempo

culpando a otros por todo lo que no funciona en su vida. Culpamos a nuestra esposa por nuestra triste vida en el hogar; culpamos a nuestros jefes por nuestras desgracias en el trabajo; culpamos a extraños en la carretera porque nos hacen enfadar; culpamos a nuestros padres por no habernos permitido crecer. Culpar, culpar, culpar y culpar. Pero culpar a los demás no es más que disculparse a uno mismo. Culpar a los demás por la calidad de nuestra vida es una triste manera de vivir. Si lo haces, sólo estás jugando a ser la víctima.

—¿De veras?

—Sin duda. Porque, viviendo así, esencialmente estás diciendo que eres incapaz de dirigir tu vida. Estás diciendo que para que cambie tu vida debe cambiar tu mujer o debe cambiar tu jefe o deben cambiar los extraños con que te cruzas en la carretera. Es una manera muy impotente de vivir. ¿Dónde está el liderazgo en esa manera de vivir? —dijo Cal, alzando la voz a medida que aumentaba su apasionamiento—. El único modo de elevar tu vida al nivel siguiente es actuar como líder y asumir un auténtico liderazgo en la vida. Cuando te miras al espejo y te dices desde lo más hondo de ti mismo: «para que cambie mi vida debo cambiar *yo*», en ese momento habrás crecido y atravesarás la puerta que conduce a tu mejor modo de vida.

—¿Y por qué es así?

—Porque, Jack, entonces habrás empuñado la vida con tus propias manos —dijo Cal, apasionadamente, y alzó las suyas con un ademán dramático—. Habrás asumido la responsabilidad del destino que se te presenta. Dejarás de ofrecer *resistencia* a tu vida y la aceptarás tal cual es. Estarás en sintonía con esas leyes inmutables de la naturaleza que estoy compartiendo contigo, leyes que siempre han gobernado la manera como funciona la vida, desde el principio de los tiempos. *Habrás recuperado tu poder.*

Cal se interrumpió y me miró directamente a los ojos.

—Apúntame con el índice —dijo.

—¿Qué?

—Hazlo —repitió en tono firme.

Alcé la mano y apunté a mi excéntrico compañero de habitación.

—¿No notas nada? —preguntó,

—Parece que la piel se me está desprendiendo —respondí, con franqueza.

—No, hijo mío. Piensa más profundamente, que es lo que todos necesitamos hacer más en nuestro viaje por la vida. Sabes que la reflexión es la madre de la sabiduría. De acuerdo, me estás apuntando con un dedo, pero ¿hacia dónde apuntan los demás dedos?

Me impresionó la sencilla y eficaz demostración de Cal. Su intención era clara: cuando apuntamos a otras personas con un dedo, otros tres dedos nos apuntan a nosotros. Compartí con él lo que había descubierto.

—¡Ya estás comprendiendo! —exclamó alegremente—. Deja de culpar a los demás por cualquier cosa que te moleste en la vida. Mira el espejo y recupera una parte de responsabilidad sobre tu vida. Así empiezan el cambio personal y el liderazgo en la vida.

Sonreí.

—De acuerdo, ya veo adonde quieres llegar.

Hice una pausa para asimilar la sabiduría y las lecciones de Cal.

—No piensas como la mayoría de la gente —le dije.

—Lo sé. Por eso veo más que la mayoría. Y no es porque sea mejor que nadie, es porque los mejores me han enseñado —respondió Cal, humildemente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, me recuerda lo que dijo el padre de la física clásica, Newton: «He visto más lejos que otros, y es así porque me he apoyado sobre los hombros de gigantes». He sido bendecido con tener a mi disposición algunos guías extraordinarios. No es mía la sabiduría que estoy compartiendo contigo.

—¿No lo es?

—No, en realidad no. La aprendí de mis tres maestros, tres extraordinarios seres humanos que me transformaron la vida. Les debo todo.

—¿Los puedo conocer?

—Por supuesto que sí, y antes de lo que piensas. Serán quienes te van explicar el significado de las Preguntas Definitivas a que aludí antes. Te darán verdaderamente las respuestas que estás buscando. Son los mejores recursos que conozco sobre lo que significa ser un verdadero líder en la vida y vivir de acuerdo con las leyes naturales del mundo. Ellos *son* los maestros. Yo soy sólo un estudiante.

Cal empezó a toser entonces. Suavemente al principio, pero con fuerza al cabo de un momento. Enrojeció y le brotó sudor en la frente.

—¡Dios mío, Cal! ¿Llamo a la enfermera? —pregunté, preocupado.

—No, estaré bien —contestó entre silbidos, mortalmente pálido—. Creo que ahora sí que necesito dormir un poco. Te prometo que mañana será un gran día para ti, quizá sea el día más grande hasta ahora. Incluso puede que sea tu nuevo comienzo —agregó y sus ojos azules brillaron como estrellas en una fría noche de invierno.

»Ha sido muy bueno conocerte, Jack —continuó Cal—. Como decía, esta hermosa conexión entre nosotros *tenía que ser*. Por alguna razón ingresamos esta noche cada uno en la vida del otro. *Así funciona el mundo* —dijo, tumbándose de costado

y tapándose los hombros con la manta; parecía sonreír—. Así funciona el mundo —repitió—. La vida es verdaderamente bella.

La habitación quedó un momento en silencio.

—Y, por cierto, hijo mío —agregó suavemente—, te amo.